

## De la mano de Hobsbawm por el siglo XX

*El pasado es otro país, pero ha dejado su huella indeleble en los que una vez vivieron en él.*

Eric Hobsbawm

AÑOS INTERESANTES

**UNA VIDA EN EL SIGLO XX**

Eric Hobsbawm

Grupo Editorial Planeta /Crítica, Buenos Aires

2003, 409 págs.

Cuando se está ante el libro cerrado y aún por leer de las memorias de Hobsbawm no se puede negar que la expectativa es grande. En buena parte de América Latina se le cataloga como uno de los más prolíficos e influyentes historiadores del siglo XX, pues se reconoce que con su intento por comprender y explicar los procesos económicos, políticos y sociales ocurridos durante los siglos XVIII y XIX en Occidente proyectó un haz de luz que ha permitido una mayor y mejor comprensión del pasado. El lector de las obras de Hobsbawm siente curiosidad por conocer sus memorias porque guarda la esperanza de apreciar de cerca no sólo una experiencia individual, sino que espera encontrar, además, algunas pistas que le permitan una mejor comprensión del complejo, terrible, caótico e interesante siglo XX.

En varias ocasiones a lo largo de su libro, Hobsbawm dice en voz

alta que no logra evocar los sentimientos, las sensaciones o los pensamientos vividos treinta o cuarenta años atrás. Como historiador, comprende más que nadie en qué consiste la fragilidad de la memoria, y sin embargo continúa adelante con el ejercicio de recordar. Apoyado en cartas, conversaciones, fotografías, periódicos y viejas melodías, una y otra vez viaja al pasado. Los recuerdos tienen el inconveniente de que son retazos de una época vivida, escombros que sobreviven a una sucesión de tiempos. A la revolución de Octubre, tan querida por este historiador, le cayeron encima la Segunda Guerra Mundial, el estalinismo, la Guerra Fría, la consolidación de los Estados Unidos de América como potencia económica y política, etc. Esa sucesión vertiginosa e impredecible de hechos y de décadas fue opacando en la memoria individual y colectiva el brillo de ese acontecimiento tan significativo en la vida de Hobsbawm.

A sus ochenta y cinco años —tenía esa edad en abril de 2002 cuando escribía sus memorias—, Hobsbawm se considera a sí mismo un intelectual que no ha dejado de ser marxista, a pesar del fracaso estruendoso de la experiencia soviética, y de las duras impresiones que dejaron en el mundo las políticas de Stalin. Recuerda con *indulgencia y ternura* la Revolución de Octubre, pero hace referencia a que su desencanto hacia la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) comenzó después del XX Congreso del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética), en 1956. En algunos momentos interviene como historiador

ERIC HOBSBAWM  
AÑOS INTERESANTES  
UNA VIDA EN EL SIGLO XX



en sus propias memorias, para hacer las preguntas claves con respecto a su propia vida o para indagar acerca del significado de acontecimientos ocurridos, interrogantes parecidas a las que los futuros historiadores del siglo XX deberán hacerse: *¿qué significado exacto podía tener en la década del veinte ser judío para un muchacho anglovienes inteligente, que no había sufrido el antisemitismo y estaba tan alejado de las prácticas y creencias del judaísmo tradicional, y que hasta la pubertad no fue consciente de haber sido circuncidado? ¿qué significaba ser comunista en la década del treinta en Europa e Inglaterra?* Es consciente de que su vivencia del comunismo estuvo mediada por su condición de judío, perteneciente a una familia de clase media, y por la circunstancia de haber vivido en el centro de Europa en los años de ascenso del nacional socialismo. El autor de *Rebeldes Primitivos* estaba en Berlín cuando Hitler subió al poder.

Refiriéndose al hecho de que no abandonó el Partido Comunista Británico después de la crisis de 1956, dice con cierto orgullo que si bien una buena parte de los comunistas europeos dejó de serlo después del XX Congreso del PCUS, él continuó firme, entre otras razones, porque no consideraba ético abandonar de manera repentina sus viejas convicciones, sus viejos sueños, para pasarse sin mayor explicación al bando de los que llamó satanizadores. El abandono repentino de las propias convicciones sería para Hobsbawm la actitud característica de quienes pertenecen a una secta. Ser comunista en la década del treinta en Europa, dice este historiador, significaba creer en la posibilidad de la revolución mundial y hacer parte de la corriente de pensamiento que se opuso al nacional socialismo.

Durante los primeros dieciocho años de su existencia, condicionados en gran parte por el estilo de vida itinerante de su familia, Hobsbawm debió hacer parte de diferentes culturas y exponerse a paisajes diversos, antes de empezar sus estudios universitarios en Cambridge. Este tipo de experiencias fue decisivo para definir su manera de enfrentar la vida. Ser comunista pero no ortodoxo, ser judío pero no ortodoxo, hacer parte de diferentes grupos y comunidades sin entregarse del todo a ninguno. Tal vez, por ello recomienda en el epílogo de sus memorias a los jóvenes que aspiran a ser historiadores, vivir en sus comunidades pero, al mismo tiempo, tomar distancia de ellas. Los dos pecados capitales de los historiadores, señala Hobsbawm, son el anacronismo y el provincianismo, y ellos se producen por encerrarse en una sola cultura y por negarse la posibilidad de apreciar el mundo exterior pasado y presente.

Cuenta Hobsbawm que tuvo conciencia de querer convertirse en historiador a los dieciséis años. Si bien su formación como investigador del pasado había empezado con sus experiencias de vida en Viena y Berlín, es en 1936 cuando comienza de manera formal en Cambridge. Destaca la importancia que tuvieron las clases de literatura en la formación de los historiadores marxistas británicos. En esa etapa de su vida, y gracias a sus lecturas, estaba profundamente interesado en pensar la relación existente entre escritor y sociedad; pretendía establecer hasta qué punto la sociedad condicionaba la obra de un autor. No le llamaban la atención los análisis macroeconómicos del marxismo, ni estudiar la sucesión de los modos de producción. Su sensibilidad social, su visión cosmopolita, su talento para la escritura, y su gran capacidad para el análisis y para la síntesis lo llevaron a escoger temas de estudio poco convencionales.

Como historiador no se ha limitado a observar la realidad nacional inglesa, tal vez porque su conocimiento directo de otras culturas lo ha empujado a plantearse los problemas a una escala más amplia. Critica Hobsbawm el hecho de que los estudios históricos han estado demasiado condicionados por límites institucionales y lingüísticos y apegados a la estructura de los Estados nacionales. En su opinión, los historiadores se han equivocado en el hecho de que se han dedicado a escribir para sus colegas olvidando al amplio público.

Si bien en sus memorias dedica pocas líneas a su participación como soldado en la Segunda Guerra Mundial, no cabe duda de que tal vivencia debió conmover profundamente su visión de la vida. Alistarse en 1940 en el ejército británico, a la edad de veintidós años, y permanecer en él hasta los veintiocho, en un período crucial para la formación de un joven, debió ser un hecho bastante significativo. Hobsbawm se refiere a ese tiempo como a *los años menos satisfactorios de mi existencia. No tuve una buena guerra, ni una mala guerra, sino una guerra vacía.* Refiriéndose a las dos guerras mundiales, señala, que *algunos acontecimientos sociales pueden ser tan devastadores y destructores como los terremotos.*

La sensibilidad social de Hobsbawm no sólo se aprecia en sus ideas políticas, o en el tipo de temas de estudio de sus investigaciones. Haber permanecido durante toda su carrera como profesor en una institución como el Birkbeck College de la Universidad de Londres, constituye un testimonio de su deseo de contribuir a la transformación de la sociedad. El Birkbeck College es una institución universitaria nocturna a la que acuden personas que trabajan en el día. Hobsbawm señala que fue interesante ser profesor de alumnos que debían esforzarse tanto para realizar sus estudios. Una prueba más de la apertura de pensamiento de este historiador es la tarea que emprende en 1952 al lado de algunos colegas marxistas británicos, cuando concibe la idea de crear una publicación de carácter amplio, en la que pudiesen ser difundidos los

escritos de los historiadores, sin que importara su filiación política. En 1952, momento crucial de la Guerra Fría, sale a la luz pública *Past & Present*, revista que en el día de hoy todavía constituye un órgano vital para el desarrollo de la historiografía británica.

En la década del rock, el movimiento estudiantil y los pantalones vaqueros, Hobsbawm empieza a ser reconocido como historiador y como escritor fuera de Inglaterra. En 1959, publica su primer libro, *Rebeldes Primitivos*, estudio sobre los movimientos sociales de sociedades precapitalistas, que tendrá buena acogida entre sociólogos e historiadores norteamericanos, pero también en algunos países europeos. En 1962 publica *La era de la revolución.* En la década del sesenta Hobsbawm cumple su deseo de conocer de cerca algunas sociedades del Norte de África y de América Latina. El sentimiento antiimperialista lo impulsa a viajar a países como Argentina, Brasil, Chile, Perú, Bolivia y Colombia. Hobsbawm no hace parte de la generación del sesenta pero eso no le impide tratar de comprenderla. Concluye diciendo que su mirada de los años sesenta es la de alguien que no ha usado pantalones vaqueros.

El profesor del Birkbeck College se siente bien en New York, en donde, desde 1984, ha tenido a su cargo algunas clases unos meses cada año en la New School Research. Aprecia el ambiente intelectual de esta ciudad porque no está dominado por el mundo académico. Su pasión por el jazz le ha ayudado a moverse por Estados Unidos y le ha permitido acceder a ambientes impensables para un académico. Sin embargo, no duda en aclarar que sus simpatías por New York no significan que se sienta identificado con Norteamérica. Señala que el gran poder económico y político de Estados Unidos ha hecho posible que esa nación se haya dado el lujo de tener gobiernos mediocres en los últimos años.

Todo va bien en la lectura de las memorias, hasta que el lector se encuentra con el capítulo destinado a contar el tipo de contactos que Hobsbawm ha tenido con los países de las *culturas no blancas*, con el mundo de los países pobres. En ese punto, el lector que hace parte del que Hobsbawm llama el *Tercer Mundo* no puede dejar de sentir cierta incomodidad al verse dibujado en las memorias de un historiador que se siente del *Primer Mundo*. Estos conceptos, acuñados en la época de la Guerra Fría, en la pluma de un historiador de su trayectoria, suenan extraños. El lenguaje es un arma importante y los historiadores deberían ser más cuidadosos cuando la usan. *Primer Mundo* y *Tercer Mundo* se han convertido en expresiones fáciles, de esas que flotan en el ambiente, tan comunes que parecen neutras. Pero continuemos.

El *Tercer Mundo* sorprende a Hobsbawm en 1960 con las demostraciones de independencia de los pueblos de Vietnam y de Cuba. El historiador británico define a América Latina como *un laboratorio del cambio histórico, como un continente creado para socavar las verdades convencionales, como una región en la que la evolución histórica se ha producido a una velocidad meteórica.*

Hobsbawm estuvo en Colombia en los primeros años de la década del sesenta, y en sus memorias hace referencia a lo que significó el asesinato de Gaitán para el movimiento social colombiano. Al respecto dice lo siguiente: *Colombia cayó en un estado de desorganización, guerra civil y anarquía local, ...tras la implosión de la que fuera de hecho una revolución social en potencia producida por la combustión espontánea que provocó en 1948 el asesinato de un famoso tribuno del pueblo, conocido en todo el país, Jorge Eliecer Gaitán.* En una especie de diagnóstico sobre la situación de Colombia dice: *Descubrí un país en el que la evitación de una revolución social había hecho de la violencia el meollo constante, universal y omnipresente de la vida pública.*

Para finalizar esta invitación a la lectura de las memorias de Hobsbawm, luego del breve pero interesante viaje por las 409 páginas y 23 capítulos en los que se demuestra, una vez más, su gran capacidad de síntesis y su habilidad como narrador; sólo me resta decir que el libro es valioso porque es el testimonio de alguien que vivió de cerca varios de los acontecimientos y procesos que hicieron el siglo XX. Tiene el inconveniente de que como historia de vida se halla impregnada del apasionamiento, los prejuicios y la falta de perspectiva características de las miradas hechas sobre el pasado reciente. El hecho de que el testimonio en cuestión pertenezca a uno de los historiadores más reconocidos de nuestro tiempo, no lo hace menos vulnerable a los problemas que presenta escribir historia sobre el pasado reciente. A Hobsbawm se le admira como historiador por sus estudios sobre la Europa anterior a 1914; es en ellos donde se aprecian su habilidad y conocimiento como investigador del pasado. No cabe duda de que sus memorias constituyen un documento valioso para aquellos historiadores que, en el futuro, acometan el estudio de ese país llamado siglo XX. ♦

Ana Luz Rodríguez González

Abril de 2004.

